

en particular los cargueros. A la media noche todos entonan “Santo Dios y Santo Fuerte”, dirigiéndose hacia cada uno de los Cuatro Vientos.

La segunda fase consiste en una invocación salmodiada del Señor de los Cuatro Vientos y de las primeras ánimas conquistadoras, acompañada de sones de cuenta. El celebrante continúa orando mientras coloca y enciende las velas: “Es la Santa Cuenta. En el recinto, también están ya los ausentes: han acudido con su presencia de ánimas. Se ha sacralizado el lugar”. Tras nuevas ofrendas de pinole (maíz tostado molido y endulzado) y cigarros, ágape en que las ánimas conviven con los presentes, se inicia la formación del santo súchil, una cruz de flores (la “Forma”). Éste es sin duda el momento culminante de la consagración ritual. Así se lo reveló un conchero al etnólogo Moedano: “Sin súchil, no hay velación”. Se van ejecutando, desde luego, más piezas musicales y cantos en forma de alabados y relaciones ejemplares, sin faltar nunca, bien sea al inicio de esta fase o en otro momento, la alabanza especialmente dedicada al icono del lugar: “Santa Cruz de Culiacán”.

El acto de formar el súchil se vincula con que se ha cantado o se va a cantar esa pieza aparentemente ambigua titulada “Cuando nuestra América”, que entre sus versos menciona reiterativamente la palabra “general”, además de otros términos castrenses, aunados a otros que también se pronuncian a lo largo de la noche y que organizan un mismo campo semántico al que se integran movimientos coreográficos de pasos y música –si la hermandad ha llevado danzantes–, en tal momento cobran gran intensidad al modo de los mitotes. Esta palabra y lo que evoca amplía y marca un real origen histórico: hubo sucesos místico-bélicos específicos en que efectivamente los